

PRIMERA PARTE.

DE LA EXISTENCIA DE DIOS,

Y

DEBERES DEL HOMBRE PARA CON EL

I.

Solo al crimen, á la ignorancia, á la mala fe y á la ingratitud está reservado negar la existencia de Dios. La naturaleza entera lo confiesa, y el corazón lo dice en secreto, cuando el labio impio rehusa proclamarlo. Adonde quier

que se vuelva la vista se encuentra una prueba de esa verdad. El elocuente silencio del desierto nos lo dice; ya se le busque en el tumulto de la sociedad; ora en el cielo; ya en los campos; ora en las florestas ó en la esterilidad de las rocas solitarias; sea la luz del día ó las tinieblas de la noche; todo nos revela la existencia de Dios. La creación entera es el testimonio de esa asercion. Todo nos dice que hay un Ser inmenso, infinito en sabiduria, en bondad, en justicia y en misericordia. El es quien dió el perfume y la hermosura á las flores, plateó los rios, dió acentos sonoros á las aves y las vistió de plumas vistosas. El mismo extendió esa alfombra encantadora de los campos, y veló los cielos con su manto de estrellas refulgentes. Por él existe el sol que nos vivifica, y él mismo dió á la noche la apacible luna, como el banal de los sepulcros. Por él la tierra nos da sus frutos, él nos envia la lluvia ó el rocío que hace prosperar la sementeras. A los cuadrúpedos les dió pieles para nuestras telas de vestido; puso en los árboles el fruto delicioso para el gusto, y dió á los gusanos el manantial precioso de la seda; llenó los mares de cetáceos; puso en él ricas y admirables conchas; dió dulce murmurio á la brisa y ronco bramido al huracan;

pobló de cedros los bosques, y puso por muro elevadas y magestuosas montañas; encadena precipita el formidable rayo; dió el trueno las tempestades; puso la luz de fuego en el fúgaz relámpago, y dió al día, para que le presidiera, la risueña aurora. Él en fin, dió al hombre el reinado de esa bella creacion; le dotó de una alma racional; puso en ella los sentimientos de virtud, é hizo de su corazon el trono de la inocencia, que el hombre manchó y desterró de su seno con sus funestos delirios, embelesado con los fementidos acentos del genio de orgullo. Le dió la idea de lo sublime, que el hombre humilló hundiéndose en el fango de un crimen desde el momento que culpable, huyendo de su Dios, buscaba en el retiro, donde ocultarse de la presencia del Criador.

Es pues cierto que Dios existe, si la naturaleza no es una obra sin autor.

A este Ser es quien el hombre está obligado á reconocer, á confesar, y á quien debe consagrarle su corazon. Al que le dió y sostiene su existencia, al que le hizo dueño de su obra sublime; al que para animarle infundió su soplo divino, al que estampó en él su imagen y lo formó á semejanza suya, á este Ser tan bondadoso ¿el hombre dejaria de tributarle el homa-

naje debido como á su soberano? ¿el hombre rehusaria su adoracion? De ningun modo: y he aquí que tiene el deber de tributar á Dios por amor y gratitud, el culto que el mismo le ha mandado, el cual es de dos maneras, **INTERNO Y PÚBLICO.**



DEL CULTO INTERNO.

II.

Poner constantemente el pensamiento en Dios, tener siempre presente el recuerdo de sus bondades, confesarle nuestros deslices diariamente, y ofrecerle las buenas acciones en satisfacción de aquellos, las lágrimas del corazón, la angustia que se experimenta, cuando se sufre la prueba á que nos sujeta la Divinidad, he aquí el holocausto que se le debe. Orar en silencio, presentarle nuestros dolores, rogar por nosotros, implorar su auxilio, humillar nuestra frente, elevar hasta su trono el corazón, es apenas cumplir con un deber, con un tributo que nos exige aquel Sacrosanto Hacedor, de quien recibimos sin cesar innumerables bienes. He aquí en lo que consiste el culto interno, culto santo y necesario, puesto que en él se encuentra siempre el bien, que inútilmente se busca en otra parte.

A este culto el hombre está obligado necesariamente; pues á él le impele el principio grande, el sentimiento mas fuerte y noble de

corazón, tal es la gratitud, y como para no romper los lazos que le unen al Criador. Si desgraciadamente, cegado por el error rehusa este pequeño tributo al mas grande Autor del bien, la falta sería enorme, tal culpabilidad lo haria de un pecado detestable, pues sería lo mismo que negar el corazón á su verdadero dueño, sería traicionar a la magestad Divina, sería luchar con el mas amargo é injusto desprecio á aquel que por amarnos tomó la forma del hombre degenerado, se humilló así mismo y dejando su asiento celestial, su trono de querubines, descendió del cielo para espirar por nosotros en un cadalso entre sus enemigos.